

Retorno a Hobbes:

Hacia una cultura del miedo

Francisco A. Laca Arocena

Resumen

A partir del incremento en exclusión social y pobreza en los países en vías de desarrollo durante las dos últimas décadas en que éstos adoptan políticas neoliberales, y al contemplar la retirada progresiva del estado del bienestar allí donde éste existe desde la posguerra mundial, así como su exclusión como alternativa de futuro posible para el resto de sociedades en esta globalización neoliberal, se discute la simultaneidad en el tiempo presente del crecimiento de la desprotección social y de la pobreza con el incremento del miedo. Se analiza, asimismo, el crecimiento exponencial del gasto en seguridad privada hasta el punto de que algunos autores hablan de *la gestación de un nuevo capitalismo, un capitalismo del miedo* (Duclos, 2005). Se cuestiona que la teoría económica neoclásica sea realista con su supuesto de los agentes económicos como quienes toman decisiones racionales y se pone en entredicho que dicha economía sea la única economía posible. Se discute el supuesto de Popper de que el futuro está abierto; por el contrario, se expone el riesgo de un futuro cerrado, aunque no inevitablemente cerrado, hacia un continuo aumento de la exclusión social bajo el fundamentalismo del mercado y, consiguientemente, un incremento de la desprotección social y el miedo.

Palabras clave: Neoliberalismo, Exclusión, Pobreza, Miedo, Futuro abierto Futuro cerrado.

Abstract – Return to Hobbes: Towards a Culture of Fear

Considering the increase in social exclusion and poverty in developing countries over the past two decades in which students adopt neoliberal policies. Contemplating the phasing out of the welfare state where it exists since the postwar world, and its exclusion as a possible future alternative to the

other societies in this neoliberal globalization. As well there is discussion of current growth of social vulnerability and poverty with the increase of fear. Discusses the exponential growth of private security spending to the point that some authors speak of *the creation of a new capitalism, a capitalism of fear* (Duclos, 2005). It questions that neoclassical economic theory is actually realistic with its assumption of economic agents as rational decision makers, as well as questioning that the economy is the only economy possible. We discuss the assumption of Popper that the future is open, suggesting on the contrary the risk of a closed future, even if not inevitably closed, to a steady increase in social exclusion under market fundamentalism and, consequently, an increase in social vulnerability and fear.

Keywords: Neoliberalism, Exclusion, Poverty, Fear, Open Future / Closed

Francisco Augusto Laca Arocena. Doctor en Psicología por la Universidad del País Vasco (UPV), España. Profesor cooperante internacional. Desde 2003, profesor titular de psicología en la Universidad de Colima, México. Sus líneas de investigación son el bienestar laboral, el análisis y la resolución de conflictos, así como las relaciones entre psicología social y lenguaje. Ha realizado estancias de investigación en las universidades españolas de Granada, Complutense de Madrid y País vasco. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores (Nivel I) de CONACYT.

Del Estado de bienestar

al Estado vigilante

Una tradicional justificación de la legitimidad del poder de los Estados desde la filosofía política ha sido la llamada teoría del “contrato social” adelantada por Hobbes (1588-1679). En un “estado natural”, pre-político, como en el que se había sumido Inglaterra en la guerra civil, los hombres harían bueno el adagio clásico de ser lobos de sí mismos. Ese estado natural sería la guerra de todos contra todos, donde la vida de cada uno es violenta, miserable y breve. En algún momento, un momento mítico, los hombres cederían al Estado su libertad de matarse unos a otros entre sí con el propósito de que aquél les protegiese de sí mismos. Como bien señala Ian Shapiro (2007), nunca hubo tal contrato o pacto social; nunca hubo un acuerdo explícito entre partes que diera lugar a la creación del Estado inglés, ni de ningún otro Estado.

En la formulación original de Hobbes (*Leviatán*, 1651) el acuerdo no es propiamente un contrato entre gobernante y gobernados; los individuos

acordarían someterse racionalmente a un soberano absoluto porque de no hacerlo seguirían destruyéndose mutuamente en una guerra civil permanente. Quienes invocan la existencia del hombre natural o pre-político como autor de cualquier institución política actual, caen en la falacia de atribuir aspectos de las instituciones contemporáneas a unos supuestos antecesores que en alguna época pretérita habrían acordado su existencia.

Las evidencias históricas apuntan en dirección opuesta a la teoría del contrato social. Los Estados actuales, así como sus precedentes históricos más inmediatos, son el resultado de enfrentamientos entre grupos (culturales, religiosos, étnicos, lingüísticos o de intereses); y nunca son, en consecuencia, la resultante de grandes acuerdos colectivos, es decir, de contratos sociales. Algunos autores han querido ver en el nacimiento de los Estados Unidos de América, al lograr las colonias de la costa este su independencia de Gran Bretaña, un ejemplo aproximado de contrato social en la declaración de independencia y los derechos del hombre que contenía. Sin embargo, como nos recuerda Shapiro (2007), aquel “contrato” dejaba fuera a todas las mujeres, a los indios nativos y a los negros; de hecho, mantenía la esclavitud de estos últimos.

Distanciándose de la proposición de Hobbes de que los hombres son naturalmente enemigos entre sí, Locke sostendrá que los humanos son benevolentes y, en general, fiables en el cumplimiento de sus compromisos. Desde esa perspectiva, un gobierno es necesario tan solo a efectos de coordinación y de administración con el propósito de una mayor eficiencia. Locke opinaba, incluso, que en situaciones de tiranía pudiera ser preferible regresar temporalmente al estado natural que temía Hobbes. Contra lo que será el tradicional sentimiento conservador, de Goethe, por ejemplo, entre la injusticia y el desorden, Locke preferiría temporalmente este último.

En la realidad y aunque el contrato social propuesto por Hobbes sea históricamente un mito, las monarquías absolutas surgidas en Europa al final de la época feudal tienen como principal justificación, precisamente, haber puesto fin a las luchas internas entre señores feudales y, a partir de ahí, centralizar y monopolizar un poder que regule y proteja la vida de los súbditos. Una de las primeras funciones de los reinos fue la protección del tránsito por sus caminos reales y la persecución de los asaltantes. Los Estados que van creándose reclamarán para sí el monopolio de la violencia y del ejercicio de la justicia, inicialmente su praxis es por tanto hobbesiana.

Avanzado el siglo XIX, con el desarrollo de la industrialización en Europa y América del Norte, los Estados modernos se verán en la necesidad

de comenzar a intervenir frente a la espiral de desigualdad creciente y a los excesos de la revolución industrial. Serán necesarias leyes para impedir, al menos sobre el papel, la explotación del trabajo infantil y regular la duración de jornadas laborales inhumanas. Así, los Estados que inicialmente tuvieron una legitimidad de origen en la protección de vidas y haciendas, así como en reclamar el monopolio de la violencia y del ejercicio de la justicia, pasarán progresivamente a ser

un resultado necesario de las desigualdades entre los individuos y de las pérdidas de bienestar que surgen si la coordinación se da entre mecanismos que, suponiendo alguna fórmula igualitaria, no la cumplen (Puchet, Rabotnikof, Valdés y Zarembeg, 2008:32).

El que será conocido como Estado de bienestar, respetuoso de la libertad de mercado pero ejerciendo mediante la recaudación fiscal y posterior redistribución un creciente proteccionismo social, se desarrollará particularmente en Europa Occidental, Canadá y en menor medida en Estados Unidos durante las tres décadas que seguirán a la Segunda guerra mundial. En esa época, los Estados más modernos, sin abandonar su praxis hobbesiana de monopolio de la violencia, asumirán funciones que podríamos llamar de administración de servicios; no olvidarán a Hobbes pero incluirán a Locke.

El neoliberalismo económico –que en su forma más radical ya se anunciaba desde la década de los años treinta del pasado siglo en Hayek, von Mises y otros ultraliberales de la escuela austriaca, y que al llegar en los años setenta a Friedman y la escuela de Chicago inspirará las políticas neoconservadoras en Estados Unidos, Gran Bretaña y otras sociedades Occidentales–, en el último cuarto del pasado siglo desarrollará una ofensiva sistemática e implacable contra el Estado de bienestar. El Estado sólo se justifica, desde el conservadurismo político y el neoliberalismo económico, en sus formas negativas de represión de la delincuencia e incremento continuo de presupuestos militares. “Estarían excluidas las intervenciones positivas de orden distributivo y de protección y justicia social” (Puchet et al. 2008; 36). Al mismo tiempo se reclama, desde el neoconservadurismo político, un endurecimiento de las leyes penales y un reforzamiento continuo de los aparatos policiales, desde el neoliberalismo económico se cuestiona todo intervencionismo controlador del Estado sobre el todopoderoso mercado, en especial, sobre el mercado financiero: el de capitales.

Se diría que la “nueva política” persiguiera el doble objetivo –aparentemente contradictorio y que requiere grandes dosis de cinismo en su defensa–, de endurecer el control penal y policial sobre los pobres (población en continuo incremento en la medida en que el Estado de bienestar se va

desmontando), mientras que se suavizan, hasta desaparecer, los controles sobre los ricos: más policía en las calles y menos inspectores contables en bancos y mercados de valores.

En Estados Unidos, es ya prácticamente inexistente un estado de bienestar que merezca ese nombre; la “gran sociedad” de los años de Johnson (1964–1968) aparece tan alejada como la corte de Camelot. En Latinoamérica no se alcanzó nunca. En la Comunidad Europea aparece amenazado y sometido a recortes continuos. Debido a la retirada progresiva de controles sobre los bancos y los mercados de valores, en septiembre de 2008 asistimos al derrumbe de la confianza en el sistema financiero mundial intoxicado gravemente por operaciones especulativas demasiado arriesgadas, cuando no fraudulentas, que no pudieron ser detectadas a tiempo porque los gobiernos habían hecho dejación de esa responsabilidad de control. El presupuesto neoliberal tomado de la teoría del “orden espontáneo” de Hayek y aplicado al mercado (“el mercado es un proceso espontáneo y, como tal, cualquier intento de planificación lo desordenaría” Zanotti, 2003; 16), sufrió entonces un dramático cuestionamiento.

Lo que se reveló como “espontáneo” en un mercado financiero totalmente liberalizado fue el riesgo irresponsable y hasta el fraude; esto era previsible desde los propios fundamentos del liberalismo. El liberalismo tuvo el mérito de renunciar a la perfección del hombre exigida por las religiones tradicionales y los totalitarismos políticos, entiende que el ser humano es naturalmente egoísta y persigue su propio beneficio aunque confía en que lo haga por medios racionales y lícitos.

El problema central del liberalismo es reconciliar la ambición de asegurar la libertad individual, al tiempo que permitir la interacción social en un mundo de malos comportamientos (Centeno, 2007:31).

Paradójicamente, los neoliberales que nunca habían encontrado dinero para atender las mínimas necesidades sociales de los más desfavorecidos y contemplaban indiferentes el crecimiento de las desigualdades sociales, se apresuraron a arrojar en 2008 y 2009 miles de millones de dólares y de euros al rescate de banqueros especuladores.

El fundamentalismo de mercado ha debilitado seriamente al Estado de bienestar allí donde éste existía o se construía, y ha impedido que se plantee como alternativa viable en el resto del mundo. Consecuentemente, la creencia de los ciudadanos en las virtudes protectoras del Estado se encuentra, posiblemente, en la actualidad en su punto más bajo desde el último siglo. La disminución del bienestar social corre paralela a una disminución de

la cohesión social entre las personas y a un alejamiento de éstas de las instituciones, cuya legitimidad se ve crecientemente cuestionada por su ineficacia en resolver los problemas reales de las mayorías. Considérese el abstencionismo electoral creciente en tantos países.

Como advierte Zygmunt Bauman, la retirada progresiva del Estado neoliberal de lo que durante el último siglo fue la justificación primera del Estado moderno, la justicia distributiva, abre de nuevo la cuestión de la legitimidad de los Estados.

En la actualidad no puede construirse un nuevo consenso de la ciudadanía (“patriotismo constitucional” por emplear la expresión de Jürgen Habermas) como se hacía hasta hace bien poco: mediante la garantía de protección constitucional frente a los caprichos del mercado, conocidos por devastar las conquistas sociales y por socavar el derecho al respeto social y a la dignidad personal. La integridad del cuerpo político en su forma de Estado-nación tiene problemas, por lo que se necesita y se busca con urgencia una legitimación alternativa (Bauman, 2008:26).

¿Donde encontrarán los Estados esa legitimación alternativa? La respuesta la vemos en derredor nuestro: en calles y parques, edificios públicos, estaciones y aeropuertos. En la extensión del miedo y en presentarse a sí mismos como la única salvaguarda frente a las fuentes de ese temor: terroristas, crimen organizado, drogadicción, emigración legal o ilegal, epidemias y pandemias, así como un largo etcétera.

El miedo está ahí, saturando la existencia humana cotidiana mientras la liberalización penetra en los fundamentos y los baluartes defensivos de la sociedad civil que caen en pedazos (Bauman, 2008:30).

Fenómenos de violencia y delincuencia que hasta hace una generación se relegaban a las páginas policíacas o de sucesos, ocupan hoy las cabeceras de los diarios y de los noticieros; los medios enfocan sus cámaras y micrófonos en todo cuanto pueda alimentar el miedo y pocos son los políticos que resistirían a la tentación electoralmente rentable de presentarse como los eficaces contenedores de ese miedo.

En diferentes elecciones de 2009: al parlamento europeo y las legislativas mexicanas, por ejemplo, los partidos prestaron insuficiente atención a la grave crisis económica actual, en todo caso menos que a problemas relacionados con el miedo como la creciente xenofobia europea contra los inmigrantes o la violencia del narcotráfico en México.

Parece obvio que una crisis económica generada por los excesos de un neoliberalismo sin freno ni control no tiene soluciones duraderas desde las prácticas del fundamentalismo de mercado que, por otra parte, ningún político con posibilidades de alcanzar el poder, en México, en Europa o en casi cualquier otro lugar, se atreve a cuestionar. La violencia admite recetas electoreras más fácilmente que la economía. La atención que atraiga el miedo que la violencia genera será una atención distraída de la crisis económica y los costos sociales que ésta genera.

Por otra parte, el miedo, cuando está suficientemente extendido entre las poblaciones, hace aceptable cualquier medida que parezca protegernos de sus causas. Así, por ejemplo, el CAPPS (*Computer Assisted Passengers Pre-Screening*), sistema de escaneo previo de todo aquel que pretenda ingresar por vía aérea a Estados Unidos, tiene fichados ya a 65 millones de mexicanos, 31 millones de colombianos y 18 millones de centroamericanos sin que sus propios gobiernos lo sepan (Ramonet, 2003).

Es innecesario recordar que todos los que somos usuarios de teléfonos móviles, utilizamos internet y tenemos tarjetas bancarias, suministramos a los gobiernos y, peor aún, a corporaciones privadas, una cantidad de información que estamos lejos de imaginar. Cada vez menos protectores de las necesidades sociales de sus ciudadanos, los Estados al servicio del mercado son cada vez más vigilantes de sus vidas.

La rentabilidad

del miedo

Además de la rentabilidad política de aportar una nueva y poderosa fuente de legitimación del poder, cuando otras fuentes como la protección social y la redistribución de la riqueza han quedado muy debilitadas después de tres décadas de políticas neoliberales, es económicamente rentable una nueva cultura del miedo. Si no lo fuera, no se implementaría con la extensión con que se está haciendo en una cultura globalizada cuyo criterio único de eficacia es la rentabilidad económica.

Si en los países desarrollados, y en alguna medida en aquéllos en vías de desarrollo, sumamos la inversión en nuevas tecnologías de vigilancia y en personal de seguridad privada o parapolicial, las cifras multimillonarias nos hacen pensar que “se trata del núcleo de un nuevo capitalismo en gestación: un capitalismo del miedo” (Duclos, 2005). Como toda forma de capitalismo, un capitalismo del miedo sólo funciona si aumentan conti-

nuamente los consumidores; en este caso, si se incrementa continuamente el número de personas que sienten miedo y que consumen en tecnología y servicios para afrontarlo.

Característica nuclear del neoliberalismo ha sido traspasar al ciudadano la gestión y los costos de los servicios que originalmente asumían los Estados. Así, vemos cómo año tras año, al ciudadano de los países desarrollados que cuentan con servicios de pensiones de jubilación, se les advierte que tal gasto no podrá ser satisfecho totalmente por los poderes públicos a partir de la década de 2020, 2030, o la fecha que convenga, y por tanto será prudente que el ciudadano, sin dejar de cotizar al Estado para garantizar su jubilación, contrate algún fondo privado de pensiones. En México, el sistema de las AFORES sigue este modelo neoliberal estadounidense de fondos de pensiones administrados por entidades privadas, al tiempo que se alarma a los futuros jubilados, los gobiernos neoliberales abandonan silenciosamente el mantenimiento, no digamos ya la mejora, de la sanidad y la educación públicas. Progresivamente, año tras año, la gestión y los costos de los fondos de jubilación, de la sanidad y la educación, se traspasan parcialmente al ciudadano para mayor beneficio de las empresas privadas que administran estos recursos. La seguridad, finalidad original de la creación del Estado moderno (recordemos a Hobbes), antes o después tenía que someterse también a este fundamentalismo del mercado.

Además de costear parte de su jubilación, la educación de sus hijos y de la salud de su familia, el ciudadano debe costearse parte de su seguridad. Los ejemplos que podrían citarse del incremento exponencial en las dos últimas décadas de inversión en servicios privados de seguridad, desde los porteros de discotecas o las cámaras de vigilancia que cualquier comunidad de vecinos instala, agotarían estas páginas. Que la seguridad, por ejemplo, de esos puntos neurálgicos del miedo moderno que son los aeropuertos ha pasado ya a gestión de empresas privadas, es una evidencia para cualquier viajero actual. Por supuesto, para el Estado moderno la privatización de la seguridad tiene un límite que, de llegar a traspasarse, el propio Estado perdería la última justificación de su existencia.

Así como cualquier gobierno neoliberal sería feliz si un año ya no tuviera que dedicar presupuesto alguno a la educación ni a la sanidad porque ya todo gasto médico y educativo ha sido asumido por los ciudadanos (el paraíso individualista que Ronald Reagan veía brillar en la noche sobre la colina), ningún Estado aceptaría que la totalidad de las funciones de prevención, de control y de represión pasasen a manos privadas. Se irá privatizando la seguridad en las sociedades contemporáneas hasta el límite en que los

Estados neoliberales encuentren equilibrado el ahorro de gasto con el mantenimiento de la justificación de su propia existencia.

Algunas consecuencias

sociales del miedo

Las fuentes de sufrimiento del ser humano son naturales y sociales. Como recordara Bertrand Russell, a medida que se logra disminuir progresivamente el sufrimiento que la naturaleza le causa, principalmente mediante enfermedades, aumenta el daño que se causa a sí mismo, por la guerra, la explotación y la violencia de todo tipo. Tan solo la Segunda guerra mundial causó más de cincuenta millones de muertos; es difícil de imaginar un desastre natural que tuviera semejante costo.

Ante el sufrimiento causado por la naturaleza, las personas se han protegido tradicionalmente en el fatalismo que podía tener o no consolación en las religiones. Frente al sufrimiento causado por personas o instituciones humanas, la rebeldía pareció una alternativa más eficaz y, en todo caso, más digna que la resignación. Aunque siempre hubo a lo largo de la historia grandes dosis de resignación y de fatalismo en la aceptación de las desigualdades sociales, las revoluciones han sido excepciones en la historia, frecuentemente sucedidas por reacciones.

Una idea íntimamente asociada al progreso es que cualquier cosa hecha por seres humanos puede ser corregida por seres humanos (Bauman, 2007). Es un argumento que no carece de evidencia histórica: la esclavitud o la segregación racial, por ejemplo, fueron obra humana y sólo pudieron ser corregidas (en la medida en que lo han sido) por otras generaciones de seres humanos. Pero es un argumento del que lógicamente se deriva que aquello que no se corrige o, incluso, se agrava, es culpa de otras personas: cuando el progreso no cumple sus expectativas, necesita culpables.

El terrorismo de pretexto político o religioso y la delincuencia violenta que ciertamente existen, son moralmente injustificables aunque puedan “explicarse” y contextualizarse sociológica o políticamente, y representan un culpable “conveniente” en la medida en que el miedo que generan en las opiniones públicas excede con mucho al peligro objetivo que suponen para nuestra civilización.

El miedo es una emoción tanto más intensa cuanto más inconcreta sea su causa. Un enemigo resulta tanto más amenazador cuanto más irracionales nos parezcan sus motivaciones, procedimientos y fines.

Crear honestamente que tu enemigo es irracional garantizará casi con seguridad, a menos que se finja hacerlo por razones propagandísticas, que uno no puede derrotarle. Sólo se puede derrotar a un antagonista a cuya forma de entender las cosas pueda uno dotar de sentido (Eagleton, 2008:137).

Un esfuerzo coincidente de los gobiernos y de una gran parte de los medios de comunicación, mantiene a las opiniones públicas en el temor de que la guerra contra el terrorismo o contra la delincuencia organizada es una guerra contra enemigos de tal irracionalidad y poder que nuestra civilización afronta un serio peligro de supervivencia. Ante una situación de tal emergencia, otros problemas como la exclusión creciente y el aumento de la pobreza se presentan como menos urgentes, gran parte de las opiniones públicas acaban aceptando que quizás sean de menor apremio.

El silencio indiferente de las instituciones y de los medios de comunicación al servicio de éstas —conocido como “espiral del silencio”—, ante situaciones de exclusión o de violencia cotidiana contra determinados colectivos, usualmente los más desfavorecidos, inmigrantes legales o ilegales, madres solteras, minorías sexuales, grupos étnicos y, sobre todo, pobres, es interpretado como conformidad de las instituciones con tales situaciones y es un predecible factor de violencia estructural (Morales, Gavia, Moya y Cuadrado, 2007).

¿El miedo causado por el terrorismo y la delincuencia organizada, tan constantemente publicitados, acaparan tanto nuestra atención que nos están distrayendo de la génesis larvada y silenciosa de miedos futuros mucho más amenazadores?

¿Está abierto el futuro?

Filósofo de la ciencia y pensador social, Karl Popper (1902-1994) es incluido habitualmente entre las filas de los liberales. No de los economistas neoliberales como su amigo y compatriota Hayek quien, en repetidas ocasiones, denunció que, por razones económicas, se permite la existencia del hambre en el mundo actual, cuando la técnica ya hubiera resuelto el problema si no fuera por los imperativos del mercado. Difícilmente puede ser considerado aval de los peores excesos del neoliberalismo económico:

Somos mucho más que capaces de alimentar al mundo entero. El problema está solucionado por parte de la técnica, no de los economistas (Popper, 1995:244).

Asociado a la idea de “sociedad abierta”, con la que titulase una de sus obras más conocidas, Popper insistió reiteradamente en que, igualmente, el futuro de la humanidad está abierto, advirtiéndonos a continuación que este futuro “depende de lo que nosotros y muchos otros seres humanos hacemos y habremos de hacer” (Popper, 1995; 203).

El futuro está abierto pero ningún futuro está predeterminado: está igualmente abierto a las mejores perspectivas como a las peores. Afirmar que el futuro está abierto no es una llamada a nuestro optimismo o a nuestro pesimismo, es una apelación a nuestra responsabilidad.

Probablemente, el conflicto nuclear de nuestra época radica en que la racionalidad de los actores económicos, supuesta por la teoría económica neoclásica, expulsa continuamente fuera del sistema a gente “racionalmente innecesaria”. Aceptamos hablar con naturalidad del “tercio excluido”: una tercera parte de los ciudadanos “sobran” en las sociedades modernas.

En Latinoamérica, el continente con mayores desigualdades entre quienes más tienen y quienes carecen de todo, puede afirmarse que la mitad de la población ya ha sido arrojada fuera del sistema económico, y la tendencia no apunta a su reincorporación en un futuro previsible. Tomando los primeros quince años de políticas neoliberales en México (1984-1995), veríamos que mientras la pobreza se mantuvo estable en altos porcentajes, 42 % en 1984, 43 % en 1995, la pobreza extrema se dobló pasando del 15 % en 1984 al 28 % en 1995 (Ornelas, 2007:137).

Si aceptásemos el dogma –cerrado como todo dogma–, de que el fundamentalismo de mercado es la única economía posible porque sería la única racional (esto es, la única no condicionada por ideologías o imperativos éticos, resultante de las libres decisiones de actores racionales), alcanzaríamos el paradójico precipicio de que la racionalidad que nos caracteriza como especie acabase haciendo insostenible nuestra civilización. Esto no es en modo alguno inevitable porque el supuesto fundante de la teoría neoclásica es falaz: los humanos no somos agentes racionales que optimizamos al máximo la utilidad esperada de nuestras decisiones. La teoría neoclásica pertenece a la categoría de las teorías normativas, aquéllas que no describen la realidad sino que prescriben cómo “debería ser” ésta de acuerdo a “la razón”.

La teoría neoclásica argumenta que el hombre posee una capacidad extraordinaria de tomar decisiones eficaces cuando se le deja libre de condicionamiento alguno (por ejemplo, de compromisos éticos u obligaciones

sociales) y puede actuar movido tan sólo por la utilidad esperada de sus decisiones. Presupone dicha teoría que el tomador de decisiones tiene: (1) toda la información necesaria para comparar las alternativas posibles; (2) el conocimiento de todas las consecuencias posibles de sus decisiones; y (3) posee una función de utilidad consistente (Grandgruber y Lara, 2007).

Casi parece innecesario insistir en que dicho tomador de decisiones es un ideal de la teoría neoclásica totalmente inexistente. Nunca tenemos toda la información necesaria sobre todas las alternativas; nunca conocemos todas las consecuencias posibles de nuestras elecciones; y nuestros criterios de utilidad son inconsistentes dependiendo del contexto y de las variables psicológicas propias de cada sujeto. Basta pensar en el desastre provocado en el verano del 2008 en las finanzas mundiales, para ver que quienes venían tomando decisiones financieras desde hacía años, o no tenían clara conciencia de las consecuencias de sus elecciones, o éstas les dejaban indiferentes.

Las teorías normativas o prescriptivas como la teoría del juego (*game theory*) o la de la utilidad esperada (*expected utility*) proceden del campo de la economía. Desde hace algo más de dos décadas, la psicología propone teorías descriptivas. No prescriben cómo “debe ser” la elección racional (*rational choice*) ideal; se limitan a describir cómo actuamos realmente los humanos en la toma de decisiones.

Entre estas teorías descriptivas destaca la del Nobel de Economía y psicólogo Daniel Kahneman (Kahneman y Tverski, 1984); en su Teoría Prospectiva muestra claramente en experimentos que han soportado reiteradas réplicas que, básicamente, los humanos estamos determinados por una serie de sesgos de decisión entre los que sobresale el “efecto del marco” (*frame effect*) o efecto del contexto. Estamos lejos de ser tomadores de decisiones exclusivamente racionales como pretende la teoría económica neoclásica. No es cierto que el fundamentalismo de mercado basado en la teoría neoclásica sea “la única economía posible” porque sea la única “racional”, y visto su altísimo costo humano ni siquiera es deseable.

Ante nosotros se dibuja un futuro de exclusión creciente y de miedo hacia los excluidos. La primera es efecto de unas políticas neoliberales que no admiten alternativas ni correcciones desde hace más de dos décadas; el segundo es a la vez efecto de la primera y fuente de una nueva legitimidad para los Estados. Parece difícil en las actuales circunstancias sumarse al optimismo de Popper creyendo que nuestro futuro está abierto. Por el contrario, aparece cada vez más cerrado. Sabemos que crecen más los países que estimulan el desarrollo de su mercado interior mediante la reducción

de la pobreza aumentando la capacidad de consumo de sus ciudadanos. Sabemos también que crecen más los países que promueven la educación y la salud, incrementando así una productividad y una eficacia que nacen de mejores niveles de vida, en educación y en salud, para todos los estratos de la población y no del voluntarismo retórico (Fukuyama *et al.*, 2006). Pero la globalización neoliberal lleva la dirección exactamente opuesta. Los países en desarrollo y los que ni siquiera alcanzan dicho estatus ven aumentar, año tras año, los porcentajes de sus ciudadanos en pobreza; en consecuencia, sus mercados internos se debilitan constantemente y sólo cuentan en el mercado global como exportadores de materias primas cuyo valor depende de la especulación financiera en centros de decisión muy alejados de los países productores; sus poblaciones empobrecidas no tienen capacidad de consumo.

El incremento de la pobreza coincide con una disminución constante en términos reales en la inversión en educación y sanidad, servicios que no comprometen a los gobiernos neoliberales; a la pobreza se suma así, una pérdida de competitividad y eficacia que impiden que ésta pueda tener esperanzas razonables de ser superada.

Contrariamente al mito neoliberal de la movilidad social, en los países en vías de desarrollo ingresar en la estadística de la pobreza no es una crisis pasajera, un “accidente de la vida”: para la gran mayoría de quienes la sufren la pobreza es una sentencia de cadena perpetua. Si añadimos que en los países en desarrollo, como en el caso de Latinoamérica, esta situación coincide con un fuerte incremento demográfico en el rango de las generaciones jóvenes, estaríamos como preocupadamente señalan algunos estudios, ante la inquietante perspectiva de que por primera vez la mayoría de los jóvenes vivirán peor que sus padres; en algunos aspectos como el de la precariedad de los empleos esto es ya una tendencia mundial.

Sí, tal y como argumenta Popper, la necesidad de valores surge de la existencia de problemas:

Los valores emergen juntamente con los problemas, sin problemas no podrían existir valores, y ni los valores ni los problemas pueden ser derivados, u obtenidos de cualquier otro modo, que de los hechos (2007:255).

La magnitud de los problemas que apenas hemos enunciado en el espacio que permite un breve ensayo, evidencia la necesidad inaplazable de introducir valores en la contabilidad del desarrollo económico. Básicamente, el valor de la solidaridad que está presente en todos los discursos políticamente correctos pero jamás estuvo tan ausente de las políticas públicas.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2008). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. México, D. F. Tusquets. Col. Ensayo número 72 (Traducción de *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty*. Modus Vivendi. Gius. Laterza & Figli. 2007).
- Centeno, M. A. (2007). "El liberalismo y la buena sociedad en el mundo ibérico", en: J. H. Prado (coord.), *Heterodoxias liberales*, pp 22-61. México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana. Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Duclos, D. (2005). "El negocio del miedo permanente", en: *Le Monde Diplomatique*, edición chilena, número 55, agosto de 2005.
- Eagleton, T. (2008). *Terror santo*. México, D. F.: Debate. Random House Mondadori.
- Kahneman, D. y Tversky, A. (1984). Choices, Values, and Frames. *American Psychologist* 39(4), pp. 341-350.
- Fukuyama, F. (Compilador). (2006). *La brecha entre América Latina y Estados Unidos. Determinantes políticos e institucionales del desarrollo económico*. Buenos Aires. Argentina: Fondo de Cultura Económica y Fundación Grupo Mayán.
- Grandgruber, B. y Lara, A. (2007). "La teoría económica institucional y evolutiva de Geoffrey M. Hodgson", en: G. M. Hodgson, *Economía institucional y evolutiva contemporánea*, pp 9-26. México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana. Colección Teoría y Análisis.
- Morales, J. F., Gaviria, E., Moya, M. C. y Cuadrado, I. (2007). *Psicología social*. 3era. Ed. Madrid: McGraw Hill.
- Ornelas, J. (2007). *Educación y neoliberalismo en México*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Colección Pensamiento Económico.
- Popper, K. (1995). *La responsabilidad de vivir. Escritos sobre política, historia y conocimiento*. Barcelona: Paidós. (Traducción de *Alles Leben ist Problemlos. Uber Erkenntnis, Geschichte und Politik*, Munich: Piper. 1994).
- Popper, K. (2007). *Búsqueda sin término. Una biografía intelectual*. 4ta. Ed. Madrid: Tecnos. (Traducción de *Unended quest. An intellectual autobiography*. The Library of Living Philosophers, 1974).
- Puchet, M., Rabortnikof, N., Valdés, F. y Zarembeg, G. (2008). *Justicia y libertad. Tres debates entre liberalismo y colectivismo*. México, D. F.: UNAM. Instituto de Investigaciones Sociales.
- Ramonet, I. (2003). "Vigilancia Total", en: *Le Monde Diplomatique*, agosto de 2003.
- Shapiro, I. (2007). *Los fundamentos morales de la política*. México, D. F.: El Colegio de México.
- Zanotti, G. J. (2003). *Introducción filosófica al pensamiento de F. A. Hayek*. Madrid: Unión Editorial.

Recibido: 23 de agosto de 2009 Aprobado: 11 de diciembre de 2009